

Declaración de Cartagena

Conferencia Académica Internacional sobre Tierra, Vida y Sociedad
Universidad de Cartagena
Ciudad de Cartagena, Colombia, 22 de febrero de 2026

Nosotros, los 410 participantes de 321 universidades, instituciones de investigación y organizaciones de todo el mundo, nos reunimos en la Universidad de Cartagena para debatir las posibilidades y los retos de las reformas agrarias y el desarrollo rural. Después de tres días de debate, y guiados por el [Manifiesto de Medellín](#), de abril de 2025, la [Declaración de Ciudad del Cabo](#), de octubre de 2025, y la Declaración de Brasilia, de diciembre de 2025, presentamos esta declaración colectiva.

Partimos del hecho de que la tierra, el agua, los maritorios y los bosques son vida. La tierra no puede reducirse a un mero recurso, una mercancía, un activo financiero o un espacio disponible para las inversiones, o solamente un objeto de estudio. La tierra es una fuente de vida para una gran diversidad de ecosistemas, flora, fauna, pueblos, comunidades y estados-nación. La tierra es sustento, identidad, memoria y dignidad. Cuando los movimientos sociales exigen reformas agrarias, están exigiendo el derecho a la vida misma.

En el pasado, se han promulgado reformas agrarias en todas las regiones del mundo con diversos grados de éxito. Pero, incluso, los programas de redistribución de tierras de mayor alcance no fueron suficientes, y, en la mayoría de los casos, hoy en día se enfrentan a drásticos retrocesos, al haber sido sustituidos por enfoques basados en el mercado y nuevas olas de acaparamiento.

Para enfrentar las largas historias de despojo, extractivismo y colonialismo patriarcal y racista, las reformas deben ser verdaderamente transformadoras. La redistribución de tierras debe corregir los errores históricos y eliminar la desigualdad. La redistribución puede reestructurar los mercados locales, en favor de las personas en vez de las empresas, y proporcionar acceso a los bienes comunes que sustentan una democracia vibrante: con más educación, atención médica y participación política, por ejemplo.

El despojo y el acaparamiento de tierras han sido fruto, en gran medida, de la mercantilización. Las soluciones basadas en el mercado no resolverán los problemas creados por el mercado mismo. La mercantilización de la tierra y la naturaleza —convertir la vida en algo que se compra y se vende— es el problema, no la solución.

Como académicos comprometidos con la investigación rigurosa y los argumentos basados en evidencias, apoyamos a los movimientos sociales que están al frente de la lucha por la tierra y la vida. Los movimientos sociales están impulsando una agenda de reforma agraria redefinida en torno a cuatro R inseparables: reconocimiento, redistribución, restitución y regulación.

Es necesario **el reconocimiento** de los derechos consuetudinarios, de los territorios étnicos, afros e indígenas, así como de los derechos específicos de las mujeres y los jóvenes, para proteger el acceso a la tierra existente que se ve amenazado por la mercantilización y el extractivismo.

La redistribución de las grandes propiedades es necesaria para eliminar la desigualdad histórica y nivelar el terreno que ha favorecido a las élites. Necesitamos acabar con la gran concentración de tierras y permitir así que las personas menos favorecidas puedan acceder a tierras adecuadas.

La restitución es imperativa para confrontar las oleadas de desplazamientos forzados causados por el acaparamiento de tierras, los conflictos y las guerras, enfatizando, también, en la reparación de los daños causados y de lo que se ha perdido.

La regulación es necesaria para limitar la cantidad de tierra que pueden acumular los individuos y las empresas, facilitar el acceso a quienes no tienen tierra, y para permitir que quienes trabajan directamente la tierra, los ríos y los mares obtengan ingresos para una vida digna.

La redistribución sin reconocimiento, el reconocimiento sin restitución y otras tácticas similares de «divide y reinarás» han debilitado a los pueblos rurales, sus movimientos y sus luchas. Utilizar una de estas tácticas contra la otra ha sido la estrategia de quienes se oponen a las reformas agrarias transformadoras. Por ejemplo, la redistribución sin reconocimiento dio lugar a enfrentamientos entre campesinos e indígenas, entre agricultores y pastores, así como entre campesinos y pescadores artesanales, porque las tierras redistribuidas resultaron ser territorios comunes de otros grupos rurales desfavorecidos.

Por eso, los movimientos sociales de hoy en día se han unido en torno a las 4 R tanto en el Sur como en el Norte global.

Pero los logros del reconocimiento, la redistribución, la restitución y la regulación solo serán pasajeros si no se transforman los sistemas de producción que destruyen los ecosistemas y que solo le sirven a una pequeña élite agraria.

La democratización del acceso a la tierra y al territorio sin una transición agroecológica regenerativa solo perpetuará los problemas a los que nos enfrentamos hoy. Asimismo, la transición agroecológica y la soberanía alimentaria sólo serán posibles con programas unificados de reconocimiento, redistribución, restitución y regulación de la tierra.

Como académicos comprometidos, reiteramos nuestra apuesta por una investigación rigurosa, colaborativa y basada en evidencias, poniendo en el centro a las personas que viven y trabajan con la tierra, los ríos y los mares. Nuestras décadas de

investigación revelan que el conocimiento elitista solo sirve para reforzar el dominio de los enfoques verticales, tecnocráticos y basados en el mercado.

Estos enfoques no han funcionado. Décadas de modernización tecnológica e intensificación agroindustrial han llevado al aumento de la pobreza, desigualdad, acaparamiento y degradación de la tierra, destrucción de los ecosistemas, precariedad urbana, y malnutrición y desnutrición.

Necesitamos un camino diferente ya mismo. Por lo tanto, apoyamos a los movimientos sociales que reclaman una transformación sistémica. Apoyamos vías justas, equitativas y sostenibles para la reforma agraria y un cambio socioecológico más amplio. Demandamos la eliminación de todas las formas de violencia contra los pueblos rurales.

Para hacer realidad estas apuestas se necesita de un mayor grado de rendición de cuentas a nivel nacional e internacional que el que hemos visto hasta ahora. Reconocemos los retos del momento político actual con el auge del fascismo, de la extrema derecha, el militarismo, la xenofobia y las guerras genocidas, como aquellas contra el pueblo palestino, rohinyá y kurdo. Estamos viviendo una nueva ofensiva colonial e imperialista en Latinoamérica, el Caribe y el Medio Oriente. Todo esto hace que la lucha por la tierra sea más compleja que nunca.

La ICARRD+20 debe fortalecer los compromisos internacionales. Demandamos a los gobiernos que garanticen una reforma agraria favorable a los pobres; que respeten y garanticen la protección de los derechos territoriales de los pueblos indígenas, afrodescendientes, pastores y pueblos pesqueros; y que defiendan los derechos colectivos y territoriales ganados ante posible retrocesos, lo cual pasa por democratizar al Estado y la sociedad más ampliamente. Demandamos que nuestros gobiernos y la FAO le den seguimiento a los acuerdos de la ICARRD+20, y que se incorpore las reformas agrarias en los organismos de las Naciones Unidas, especialmente en la FAO y su comité.

Tierra y territorio para trabajar, para comer y para la vida no es una utopía. Es una solución viable y urgente ante las múltiples crisis que estamos viviendo hoy en día.